Discurso demográfico y posmodernidad. Una revisión crítica del pensamiento malthusiano.

Alejandro I. Canales C.

Introducción

A LO LARGO DEL SIGLO XX EL DISCURSO DE LA DEMOGRAFÍA se ha formulado con base en una versión renovada y revisada del pensamiento de Robert Malthus. Así, hay quienes han mencionado que la mejor política de población, entendida en términos de control y reducción del crecimiento demográfico, es la modernización de la sociedad. Por el contrario, hay quienes plantean que la mejor política de modernización es, precisamente, una adecuada política de población, esto es, de planificación y control del crecimiento de ésta (Notestein, 1945). Se trata de posiciones opuestas, pero en ningún caso antagónicas. En ambas predomina una misma visión del problema demográfico, en el que las diferencias parecen más de forma y referidas al distinto papel que cada una le asigna a uno y otro polo en la relación población-modernidad. En particular, en ambas posiciones es el concepto de modernización desde el cual se formula el sentido —positivo o negativo— de la población y su dinámica.

A fines del siglo XX, sin embargo, se dio un proceso que permite cuestionar esta formulación hegemónica de la cuestión demográfica, tanto desde una como de la otra perspectiva. Esto es, el debate posmoderno, en particular, la crítica y revisión del pensamiento de la modernidad. En cuanto a este tema existe un amplio e inacabado debate. Sin embargo, hay un punto en el que diversos autores parecen coincidir. Con el fin de siglo se inauguraría una nueva era, en la que un determinado modo de entender y pensar el mundo está siendo cuestionado y sustituido por otro (Ianni, 1996; Mires, 1996).[1]

[1] Sin pretender entrar en dicho debate, en este caso se puede coincidir con Agnes Heller (1991), para quien lo posmoderno se refiere a una perspectiva de entendimiento de la moder-

Sin embargo, la demografía y los estudios de población en general, parecen estar ausentes del debate en torno a la posmodernidad. En diversos estudios demográficos recientes, aunque se mencionan y enfatizan los cambios en la dinámica de la población a fines de siglo,[2] el concepto de población así como los ámbitos desde los cuales es problematizado, no es ni criticado ni mucho menos revisado ante los cambios en las formas de pensar la modernidad y sus crisis. Esto resulta importante señalarlo, pues indica las limitaciones del pensamiento demográfico contemporáneo.

Así, en este artículo se lleva a cabo la revisión crítica del discurso neomalthusiano a partir de una lectura posmoderna del mismo. No se trata de tomar partido argumentando nuevas teorías en favor de una u otra posición en el debate demográfico. Antes bien, interesa presentar un ejercicio de deconstrucción del discurso demográfico considerando dos líneas de reflexión que surgen del debate posmoderno. Por un lado, con base en una revisión del concepto de *población* subyacente en todo el discurso demográfico. Por otro, con base en la revisión del concepto de *modernización*, como marco de significación de la dinámica demográfica. En otras palabras, interesa la revisión del discurso malthusiano ante la crítica de la *modernidad*, en tanto marco de referencia y significación de tal discurso demográfico. La hipótesis de este trabajo es que el discurso demográfico se ha construido con base en determinados principios y metarrelatos que históricamente sólo surgen con el desarrollo y consolidación de una visión de mundo moderna. Es la modernidad, en tanto cosmovisión, lo que ha dado sentido y trascendencia al discurso demográfico contemporáneo, expresado tanto en el concepto de población en sí, como en el proceso de modernización en tanto su matriz de significación.

Para ello, este trabajo está dividido en cuatro secciones. En la primera se hace una revisión en tomo al origen del concepto moderno de población. La idea es mostrar que la población, en tanto agregado de individuos, es en realidad un constructo de la modernidad. En la segunda sección, se hace la revisión del pensamiento de Malthus. Con ello se estudian los principales puntos de su planteamiento, que dieron lugar posteriormente, al surgimiento de la demo-

---

nidad. En el debate posmoderno, interesa retomar la tesis de que la modernización es un proceso complejo y contradictorio marcado por discontinuidades temporales, geográficas y sociales (Giddens, 1990), y en el que el progreso no necesariamente ha de traer bienestar y mejoramiento en las condiciones de vida y reproducción de la población. Más adelante se detallan estas apreciaciones de la modernidad desde determinada perspectiva crítica.

[2] Es importante mencionar, por ejemplo, el proceso de envejecimiento y el agotamiento del crecimiento demográfico en diversos países desarrollados, y que ya se manifiesta en algunos países latinoamericanos. Al respecto, véase Lee, 1995; Bajrak y Chakiel, 1995; Thumerelle, 1996; Lassonde, 1997 y Rodríguez, 1994.

grafía y de la cuestión demográfica. En la tercera sección se revisa el planteamiento de la *transición demográfica*, principal construcción conceptual de la Demografía en este siglo. Asimismo, interesa mostrar sus herencias malthusianas, tanto en lo referente a la concepción del problema de la población, como de sus estrechas relaciones con el discurso de la modernidad. Finalmente, se presentan los elementos para una posible deconstrucción del discurso demográfico a la luz del debate modernidad-posmodernidad.

El concepto de población en el proyecto de la modernidad

La inquietud por la población y su reproducción no es algo nuevo en la historia. Sin embargo, la forma de delimitar y conceptualizar la cuestión poblacional ha sido heredera de los marcos de entendimiento y pensamiento propios de cada época histórica. Así, por ejemplo, en la Grecia antigua los planteamientos de Platón y Aristóteles se basaban en un concepto de población que tenía un alcance y significado muy distinto al que prevalece a partir de fines del siglo XVII. A diferencia del concepto moderno de población, "cuando Platón y Aristóteles hablan de la reproducción de los individuos no se refieren a una totalidad abstracta, sino que piensan principalmente en grupos sociales bien delimitados, clasificados de cierta manera en la Grecia de esa época y con determinados atributos" (Astorga, 1988:138). En la Grecia antigua, sólo una categoría social tenía importancia en el ámbito de lo político y lo social, los *cives*, que como totalidad, conformaban los *civitas*. Se trata de una totalidad poblacional excluyeme, construida con base en la diferenciación y exclusión de los demás grupos sociales que, al no tener derechos ni atributos políticos, no se consideraban como parte de la sociedad griega.

En este sentido, el concepto de población, como entidad abstracta, aún no existe como tal, pues está mediado por las relaciones sociales que definen y distinguen a los distintos grupos y clases de individuos en la sociedad griega. Ésta es una diferencia importante, por cuanto si bien hay una preocupación por la reproducción demográfica,[3] y está formulada en términos que evidencian la estructura de clases y castas que predominara en la sociedad de ese entonces. Así, la preocupación demográfica es en sí una cuestión de relaciones de clase que no representa una preocupación en abstracto, sino una

[3] Platón, por ejemplo, se planteaba el problema de las consecuencias de la reproducción de la población por encima y por debajo de ciertos límites, y habla de un número ideal de hogares en una ciudad. Aristóteles, por su parte, pone su atención en la necesidad de reducción de la población, en función de la propiedad de la tierra. Para más detalle véase Astorga, 1988.

muy concreta y socialmente determinada, lo que la diferencia sustantivamente respecto de como se configura y se decanta la cuestión demográfica en las sociedades modernas.[4]

Asimismo, en la Edad Media también se da una preocupación por la población, aunque desde puntos de vista muy distintos a los prevalecientes en la antigua Grecia, y también respecto a los que se dan en la modernidad. Sin embargo, comparte con el pensamiento griego una concepción de la población definida con base en relaciones de clase que enfatizan los aspectos de diferenciación entre grupos sociales por sobre una, aún ausente, abstracción conceptual que silencie dichas diferencias en aras de conceptos más "puros" y totalizadores. En la Edad Media se mantienen distintas categorías para referirse a distintos grupos de individuos ubicados en distintas posiciones de clase. El *populus* lo constituyen los hombres adultos y libres, que en conjunto conforman el Estado, pero que sin embargo, no incluye a las mujeres. Son los que poseen los bienes comunes y son responsables del bien común. Por su parte, quienes se ubican en situaciones de subordinación y sometimiento, se les llama *plebes* o plebeyos. No existe una categoría más abstracta que integre estas dos subpoblaciones y otros grupos sociales. La sociedad del medioevo se ve a sí misma diferenciada, estructurada en clases y castas, pero no en sentido negativo, como tenderá a asumirlo el pensamiento liberal, sino en sentido positivo, de autoafirmación.

De esta forma, tanto en la Edad Media, como en las antiguas Grecia y Roma, y en general, en todas las sociedades premodernas, el "pueblo" no incluye pues, a *todos* los habitantes de un lugar, a la vez que la preocupación por la "población", no es una preocupación por *todos* los individuos, sino por sólo algunos de ellos. Asimismo, en las sociedades tradicionales, el significado de la reproducción de los distintos grupos sociales está lejos de responder a las mismas preocupaciones y objetivos. Por el contrario, a cada grupo social le corresponde una categoría de percepción que lo designa, a la vez que le asigna un tipo de preocupación particular y diferenciada.

Esto es finalmente lo relevante en la discusión. En las sociedades tradicionales y premodernas no existe aún la categoría analítica ni social que incluya la diversidad de grupos sociales, que haga abstracción de las diferencias de clase y conforme a un solo concepto. Las relaciones de clase están directa-

[4] Es necesario aclarar que en las sociedades modernas la cuestión demográfica también representa una preocupación en términos de clases sociales, de diferencias de género, étnicas y otras, aunque en el discurso hegemónico ello no se reconozca necesariamente así. Antes bien, su formulación es en términos y categorías que ocultan dichas distinciones y diferencias sociales. Acerca de ello, véase Mattelart, 1974.

mente representadas en las formas de designación de los distintos grupos sociales. No existe un concepto único de población, y las categorías que se usan para designar a "subpoblaciones" no dejan de estar cargadas de sentidos concretos, de referencias a relaciones sociales concretas, a estructuras de clase y de diferenciación social. Esto es, precisamente, lo que cambiará en la era moderna a partir del liberalismo y el pensamiento iluminista de los siglos XVII y XVIII.

En las sociedades premodernas era impensable el actual concepto de población. No existían en su imaginario colectivo las fórmulas para pensar al ser humano como un número que los incluyera a todos. No tenían las categorías sociales de autopercepción y de designación que les permitiera incluirse a todos como iguales porque justamente su cosmovisión y sus metarrelatos se sustentaban en la diferenciación, en las bases de distinción entre grupos, y en las cuales se estructuraba la vida cotidiana, la política, el poder, la economía, la religión y, en general, la sociedad misma.[5]

Este salto desde un concepto de población basado en la exclusión y otros factores de distinción de clases, grupos, etnias, géneros, individuos en general, a un concepto de población incluyente por medio de la abstracción de tales diferencias y desigualdades sociales, sólo fue posible a partir del siglo XVII, con base en la transformación radical de la visión de mundo que proponía el proyecto de la modernidad. En efecto, uno de los pilares del liberalismo es, precisamente, la idea de que *todos los hombres son libres e iguales*, con los mismos derechos y atribuciones políticas, sociales y económicas.[6] De

[5] Al respecto, el pensamiento cristiano pudiera ser considerado un precursor de una noción de igualdad entre los hombres que hubiera permitido tal abstracción. Sin embargo, el cristianismo se refería a "almas" y no a individuos, ya que la igualdad no tenía un sustrato terrenal ante los hombres, sino únicamente ante Dios. Este concepto de "igualdad" tampoco estaba exento de fricciones y conflictos al interior de la Iglesia católica. Recuérdese, por ejemplo, la discusión en torno a si los indígenas tenían almas o no, y por tanto, si podían ser considerados como parte del "rebaño del Señor".

[6] Sin duda, esta homologación en el estatus de los hombres no se dio de la noche a la mañana, ni ha estado exenta de conflictos y luchas sociales. Se trata de un principio que a lo largo de la historia de la modernidad, se ha vuelto importante y se ha ido materializando. La igualdad política expresada en el voto universal, por ejemplo, es un principio que ha permitido incorporar crecientemente a más estamentos de la población a los procesos electorales. Sin embargo, no hay que ser tan optimistas. Aún persisten importantes campos de desigualdad y discriminación. Esto no invalida el discurso de la modernidad con relación a la igualdad. La crítica ha de hacerse más bien en términos de las desigualdades que la propia modernidad ha generado, y no en función de aquellas que ella ha heredado de las sociedades premodernas. Un ejemplo interesante es la cuestión de las diferencias hombre-mujer. No cabe duda que la modernidad ha reducido las desigualdades en términos laborales, derechos políticos, etc., en *rela-*

acuerdo con este principio de igualdad entre los *hombres libres*, en el pensamiento liberal el "pueblo" corresponde a la *suma o agregado de todos los individuos*, haciendo abstracción de las estructuras sociales que los ubican en posiciones diferentes y desiguales. En el pensamiento moderno el *individuo* configura una entidad unificadora que homogeniza y diluye las diferencias, constituyendo así la categoría de sujeto histórico por excelencia (Wallerstein, 1998). Es la preeminencia del individuo por encima de factores sociales, económicos y políticos. En ausencia de esta abstracción no podría hacerse un reconocimiento sino con base en la diferencia, ya sea de clase, de etnia, de género, de generación, o de alguna otra.

Este concepto de individuo libre e igual, elimina las marcas sociales que sustentaban la diferenciación y el reconocimiento de unos y otros por medio de la diferencia. Es esto lo que permite establecer la enumeración, la suma o simple agregación de individuos indiferenciados. Esta categoría *individuo* es la base del concepto moderno de población. Sin ella no sería posible construir una categoría tan abstracta y amplia como la *población*. Como individuo, su individualidad no surge de la oposición a "otros", sino de su oposición al agregado, a la población, o a la ilusión estadística del "promedio". El "otro" es reducido a una modalidad o expresión estadística de la población, del agregado.

Una vez establecidas las bases para la abstracción de las diferencias *en* el concepto de población, su representación numérica fue una "tentación" que el pensamiento moderno nunca pudo resistir. En efecto, el principio de igualdad y libertad permite imaginar una categoría conceptual que al mismo tiempo que *nombra* a todos los individuos, los *enumera* en un agregado que exige la abstracción de las diferencias y distinciones de clase, castas, género, etnias, y otras. Éste es el papel y significado atribuido al concepto de población en los tiempos modernos. En este sentido, la categoría población deja de ser usada para designar el acto de poblar, siendo ahora usada para designar al conjunto de habitantes, a la suma de individuos de un lugar. Población designa pueblo y plebe, amos y esclavos, hombres y mujeres, monarca y súbditos, en fin, a *unos* y *a otros*, y a *todos* por igual. De esta forma, la categoría población en su significado moderno, si bien implica un nivel de abstracción analítica extremadamente amplio, no deja de ser un concepto históricamente determinado. Al igual que en las sociedades tradicionales, en la actual las categorías

---

ción y *comparativamente* con las desigualdades heredadas de la Edad Media. Sin embargo, se debe señalar también las formas de desigualdad de género que la modernidad ha creado. Lo mismo puede decirse respecto a las desigualdades de clase, étnicas, generacionales, por sólo citar algunas. Para más detalles véase Canales, 2000.

usadas para su autocomprensión son también herederas de la cosmovisión que sustenta el propio proyecto de la modernidad. La población, en su significado moderno, refleja claramente dicha tesis.

En demografía, y en general en las ciencias sociales, se cree que la población designa algo real y concreto. No obstante, dicha categoría representa un concepto de gran nivel de abstracción. Cuando se piensa a la población como referencia a una realidad concreta se es presa de una ilusión metodológica que lleva a aceptar una abstracción numérica como una representación de realidades empíricas y concretas.[7] En el fondo, la población como tal no existe, es tan sólo una invención de la modernidad. Esta ilusión es resultado de la ideología poblacionista que predomina en el pensamiento liberal (Mattelart, 1974). La población en su sentido moderno, implica en realidad un proceso de abstracción, no de concreción. Como tal, se sustenta en un proceso mental por medio del cual se establece la reducción de todos a la condición de sujetos indiferenciables, intercambiables y adicionables, desvinculándolos de los diversos campos de estructuración social e histórico que los convierten en sujetos sociales, y que hacen de cada individuo y de cada grupo social, sujetos únicos y diferentes. En una palabra, la unidad que se representa con el número anula la diversidad de lo social e histórico, presente en cada grupo y cada individuo.

De esta forma, la categoría población, deviene en concepto político e ideológico. Los gobiernos ya no piensan en "sujetos" o en "clases", sino en algo más abstracto, la "población" que incluye a todos, sin exclusión. La adición de los individuos en tanto población es con base en su previa reducción a entidades unitarias iguales e indiferenciadas. Con esto se cumple el anhelo de la ideología liberal: *el individuo es la base de la sociedad*, a la vez que se dan las bases del pensamiento demográfico moderno: el individuo es la unidad de agregación de la cual deriva la población como totalidad, representada en el número, en su cantidad. En ambos casos, en el pensamiento liberal y en el demográfico, la unidad anula la diversidad: el individuo es desprovisto de sus ropajes sociales e históricos, en tanto éstos no hacen sino fundar la diferencia, la distinción, la diversidad, la otredad que se oculta tras el número.

En otras palabras, la abstracción de las diferencias en el concepto moderno de población, implica anular en ella sus referentes sociales e históricos. Con base en ello se construye una totalidad numérica, una referencia que incluye a todos como iguales e indiferenciados. En este marco no es casual

[7] En su *Crítica a la economía política*, Marx (1984) fue el primero en mencionar esta inconsistencia metodológica del pensamiento liberal.

que la preocupación por la población se centre precisamente en el número, esto es, en lo abstracto de la cantidad, y no en lo concreto de la diversidad. La reproducción de la población (y su problematización) pierde también toda referencia social e histórica, y adquiere la forma de una categoría transcultural. La población y su reproducción, constituyen así, categorías abstractas, problematizadas con base en una sola dimensión: la *cantidad*. Son conceptos lineales y unidimensionales, que no admiten más lecturas que las señaladas con arreglo a la cantidad como elemento de significación. Sólo a riesgo de romper con su potencial generalizador e inclusivo es posible pensar estas categorías en términos históricos y sociales.

En síntesis, a partir del siglo XVII el universo que designa y en el que se piensa la "población" ha sido transformado radicalmente, respecto al que prevaleciera en sociedades premodernas. Si bien en estas últimas también se habían desarrollado censos y enumeraciones de la población, en ellos, sin embargo, no se incluían a todos los hombres, sino sólo de ciertas categorías sociales, pues no existía ninguna categoría de percepción que englobara a la totalidad social. Su universo mental y configuración epistémica simplemente eran otros. En ellas, tal parece que no existe una matriz mental que dé sentido a una categoría tan amplia y abstracta. En esas sociedades, a cada grupo social le correspondía una categoría conceptual. No existe un metadiscurso que permita imaginar la unión en símbolos de lo que en la sociedad es separación jerárquica. Ello sólo será posible a partir del pensamiento de la Ilustración, que proclamará la igualdad y la libertad de los hombres como principios en los que se funda la sociedad moderna.[8]

El discurso de Malthus sobre la población

El alcance y significado de la población en la era moderna permitió enfatizar la cantidad como principal dimensión desde la cual se configuraría una cuestión demográfica. En particular, en la sociedad moderna, la cantidad de población —y su crecimiento— constituye la dimensión básica desde la cual la población adquiere su propio significado. No es la reproducción humana en

[8] Se trata sin duda de principios ideológicos en los que se basa una cosmovisión. En la práctica más bien se reproducen formas de desigualdad y sometimiento del hombre por el hombre. De hecho, desde una visión crítica al liberalismo, Laclau plantea la estrategia de radicalización de la democracia, en términos de exigir el cumplimiento cabal de estos principios, que la práctica de la democracia liberal y de la economía neoliberal desconocen. Véase E. Laclau, 1990, *New Reflections on the Revolution of Our Time*, Londres, Verso.

sí ni sus dimensiones sociales, sino su expresión cuantitativa lo que es problematizado desde la modernidad. O mejor dicho, es la cantidad lo que emerge como problema, subordinando otras dimensiones desde las cuales hubiese sido también posible construir una problemática poblacional.[9]

Esta formulación del problema tiene su primera expresión formal en el planteamiento de Robert Malthus hacia fines del siglo XVIII. Sin embargo, no fue Malthus el primer pensador de la modernidad en estudiar la población en términos cuantitativos. A fines del siglo XVI y comienzos del XVII distintos pensadores plantean la posibilidad (y necesidad) de construir una ciencia social basada en los principios de la física. Se trata de lo que en su tiempo se llamó *aritmética política*, que con base en las tesis de Condorcet, Petty, Bacon y otros promovió la aplicación de técnicas contables y de cálculo a los seres humanos, resumidos en una única categoría la población, y en lo que se considera actualmente como el inicio no sólo de la demografía, sino de las ciencias sociales en general (Rashed, 1990).

Mediante la aritmética política, la población se prefiguraría como un dominio empírico que hasta ese momento no había sido formulado ni definido. En este contexto se pueden entender las ideas de Malthus, en especial, su ya conocida fórmula acerca de la relación población-recursos. Al respecto, es importante mencionar la diferencia entre el pensamiento de Malthus y el de sus antecesores. Para los pensadores de la aritmética política, la población aparecía como un elemento heurístico que les permitía establecer una forma de acercamiento a la realidad social. La población y su dinámica (los niveles y tendencias de su reproducción, en particular) no constituyeron necesariamente un objeto de sus preocupaciones intelectuales y científicas. Su preocupación fundamental se orientaba más bien a determinar las llamadas "constantes sociales", en forma análoga a las "constantes de la naturaleza" (Condorcet, 1990). En este sentido, su interés se centraba en formular las bases de una ciencia social moderna, sustentada en principios lógicos y empíricos que actualmente se asocian con las distintas corrientes del positivismo.

[9] No se trata de que no se consideren otras dimensiones de la reproducción, como por ejemplo, la desigualdad de género, sino que ésta y otras temáticas aparecen subordinadas respecto a la problemática de la cantidad en el discurso demográfico. No sólo eso, cuando son incluidas es con base en una lectura desde la cuestión de la cantidad, despojándolas de sus potencialidades para la comprensión, interpretación y acción respecto al proceso de reproducción. Un ejemplo de ello es el análisis de los diferenciales demográficos por clase, etnia, u otros. Se refieren a diferenciales en el comportamiento demográfico en el que las diferencias corresponden a desagregaciones de la población en subpoblaciones. En ningún caso estas subpoblaciones se configuran por medio de las discontinuidades sociales, y menos aún de sus campos de significación, que por lo general no se pueden reducir ni expresar en términos de cantidad.

Ahora bien, la importancia de Malthus se puede situar en su capacidad para darle un giro a los planteamientos de la aritmética política, mediante un par de preguntas que le permiten elevar la población de categoría heurística a objeto de investigación y campo de problematización, haciendo de la reproducción de la población una cuestión social e intelectual. Siguiendo a K. Davis (1986) la preocupación de Malthus por la población se puede sintetizar en las siguientes dos preguntas: ¿qué factores determinan el nivel absoluto y ritmo de aumento de la población humana?; ¿cuáles son las consecuencias de estos factores, en especial del número alcanzado por la población?

La preocupación de Malthus no es únicamente intelectual. Su interés por las causas y efectos del crecimiento de la cantidad de población, así como de sus "frenos", es porque ve en ello posibles causas que pudieran impedir "la evolución de la humanidad hacia la felicidad" (Malthus, 1986:7). Aunque Malthus no lo explícita, se trata de un concepto secularizado de "felicidad humana". En efecto, Malthus está pensando en la felicidad de todos los seres humanos en este mundo terrenal a diferencia del pensamiento premoderno que abordaba la cuestión de la felicidad en los términos propios de un pensamiento religioso. Esto es relevante mencionarlo pues establece los vínculos del pensamiento de Malthus con las ideas fuerzas de la modernidad, que en esos tiempos estaban en pleno proceso de desarrollo y consolidación. En este sentido, no es raro descubrir en la preocupación de Malthus por la población, un sustrato modernista en términos de su preocupación por el crecimiento y progreso social, por la modernización.[10]

Además de articular su preocupación por la población con el pensamiento de la modernidad, Malthus construye un esquema analítico relativamente sencillo que le permite entender e interpretar la dinámica de la reproducción de la población en el marco de las condiciones materiales de reproducción de la sociedad moderna. Con base en ello, Malthus logra establecer una fórmula concreta mediante la cual se sintetiza todo el pensamiento en torno a la relación población-modernidad, que predomina hasta nuestros días.[11] En concreto, la tesis de Malthus se resume de la siguiente manera. De

[10] Cabe señalar, sin embargo, que el pensamiento de Malthus presenta también algunas contradicciones. Así como plantea una noción secular de la felicidad, plantea en cambio una visión moral y con tintes religiosos en cuanto a los "frenos" de la reproducción humana. En otras palabras, el pensamiento de Malthus presenta una visión premoderna con relación a las formas de la reproducción de la población, pero enmarcado en una preocupación moderna —secular— respecto a los niveles cuantitativos de ella.

[11] Actualmente, su tesis parece extremadamente sencilla, sin olvidar el contexto cultural e histórico en el que fue formulada inicialmente. En este sentido, la fórmula de Malthus significó un importante avance, no tanto en la generación de teoría demográfica en sí como en la

acuerdo con él, la *capacidad de crecimiento* de la población humana rebasa con mucho la *capacidad de crecimiento* de los recursos materiales para dar alimento y sustentar la reproducción económica y social de dicha población. Malthus, en un lenguaje más algebraico, señalaba que mientras la población se reproducía a tasas geométricas, los alimentos y otros recursos materiales sólo lo hacían a tasas aritméticas (Malthus, 1986).[12] La sustentación que Malthus dio a esta tesis es, sin embargo, ambigua y débil. Para ello, establece un esquema analítico que se resume en dos grandes ideas. Por un lado, en términos de los diferenciales de capacidad de crecimiento entre la población y los recursos. Y por otro, en cuanto a los "frenos" que de acuerdo con Malthus funcionan en el ámbito de la reproducción de la población.

Respecto al primero, Malthus plantea un desarrollo conceptual desigual. Mientras la capacidad de crecimiento de los recursos es sustentada en la teoría de los rendimientos decrecientes, la capacidad de crecimiento de la población no parece estar sustentada en ningún principio conceptual, configurando más bien un principio no-teórico, esto es, un presupuesto ideológico no explicado por la teoría. En efecto, basándose en los desarrollos de la economía política prevalecientes en su época, Malthus aduce que al ser la tierra un recurso fijo, necesariamente tendrá que haber un momento en que los alimentos y demás recursos materiales tengan que disminuir su ritmo de crecimiento, operando desde entonces bajo los principios de los rendimientos decrecientes en el que incrementos mayores en los insumos (mano de obra, capital, etc.), implican rendimientos menores del producto (alimentos, recursos materiales, etc.). En la actualidad puede discutirse la validez de este principio económico, sin negarle el mérito a Malthus de haber usado dichos principios para sustentar parte de su "teoría de la población".

Lo importante es que por el lado de la población no parece existir ni explícita ni implícitamente ningún principio teórico o lógico que permita sustentar la tesis de Malthus de que la población tiene la capacidad de crecimiento ilimitado. Se trata más bien de un axioma, de un postulado no dedu-

---

delimitación de una cuestión demográfica, del problema demográfico, acotado desde entonces a los niveles cuantitativos de la reproducción de la población humana, en el marco de sociedades en proceso de modernización.

[12] Casi dos siglos después de Malthus, el Club de Roma, mediante el informe de los Meadows, revivió este modelo simplificado, complejizándolo a partir de las posibilidades que abrió la tecnología computacional y el desarrollo de modelos de simulación que integran múltiples variables simultáneamente. Sin embargo, en el modelo de los Meadows los principios lógicos son prácticamente los mismos que llevaron a Malthus a su simplificado modelo población-recursos. Sólo cambiaron las formas de las relaciones algebraicas, y cierta actualización en términos de las funciones de crecimiento de los alimentos y otros recursos económicos.

cido de ninguna teoría, que a su vez tampoco puede pasar por una fase de verificación o falsación empírica. Pero no sólo eso, Malthus en ningún momento se refiere a los determinantes sociales e históricos de la capacidad de reproducción de la población. De esta forma, el estatuto teórico del concepto "capacidad de reproducción de la población", en el discurso de Malthus corresponde al de una categoría "natural" que no parece tener determinaciones sociales, salvo en su manifestación concreta en lo que él denomina como "frenos preventivos y positivos". En otras palabras, si bien Malthus escribe acerca de factores sociales y económicos que limitan ("frenar") la reproducción cuantitativa de la población, en el fondo dicho comportamiento estaría sobredeterminado por una lógica "natural", por una fuerza natural que actuaría por sobre estos frenos sociales.

De acuerdo con Malthus, existirían distintos tipos de "frenos" a la reproducción de la población (morales, preventivos y positivos). Sin embargo, menciona que en el fondo "el freno último a la población parece ser la falta de alimentos" (Malthus, 1986:13). En esta formulación, destacan dos ideas subyacentes. Por un lado, la reproducción de la población sigue los designios de una fuerza natural, en cierta medida autónoma, que se enfrenta en distintas coyunturas a las posibilidades que le ofrecen las probabilidades técnicas y económicas de la producción material. La reproducción humana sería un fenómeno natural que encuentra límites sociales a su realización. Por otro lado, la producción de alimentos y otros recursos materiales necesarios para la reproducción de la población, constituirían una variable independiente autónoma de la dinámica de reproducción de la población, y que además permite subordinar los demás tipos de "frenos" al crecimiento demográfico (Davis, 1986).

Éstas son dos ideas interesantes, pues señalan precisamente lo que estuvo en revisión en las formulaciones neomalthusianas a lo largo del siglo xx. Por un lado, se revisa la tesis del carácter natural del crecimiento demográfico, señalando, por el contrario, que la reproducción de la población es un fenómeno histórico, y que sigue las pautas de la dinámica de la modernización. Por otro lado, se presenta la posibilidad de invertir la relación población-recursos, presente en el discurso de Malthus, de modo de hacer que la población y su reproducción (cuantitativa) constituyan un factor importante en la dinámica de la modernización. De esta forma, la población, y su reproducción, no es vista ya como resultado de la confrontación de una fuerza natural (la reproducción) ni los límites materiales que surgen de la economía ni el nivel tecnológico. Por el contrario, la población y su reproducción es también desde otro punto de vista, en el que ella jugaría un papel importante en la capacidad de crecimiento de los recursos materiales, esto es, en las condiciones para el progreso y modernización de la sociedad.

Ahora bien, lo relevante del aporte de Malthus al debate de la población se puede resumir en dos ideas. Por un lado, el principal aporte es su capacidad para hacer de la población y su reproducción un objeto de problematización, con lo que contribuyó sustancialmente a lo que posteriormente se configuraría en la forma de una cuestión demográfica. Asimismo, destaca el hecho de que la población logra tener un estatus teórico propio, precisamente con base en las ideas de la modernidad que están subyacentes en el discurso de Malthus (la noción de bienestar, que se logra mediante el progreso y la modernización).

Por otro lado, destaca también la forma en que Malthus conceptualiza la población, esto es, la dimensión por medio de la cual él configura la cuestión de la población. Él es explícito al respecto. Su preocupación está en el crecimiento cuantitativo de la población. Ésta es una delimitación de la temática poblacional que prevalecerá hasta nuestra época. Si bien Malthus está interesado en la "evolución de la humanidad hacia la felicidad", en realidad su preocupación concreta es la cantidad de población, esto es, cómo la cantidad de población puede impedir tal objetivo último. En este sentido, es clara la construcción que Malthus hace de la población, de su número, como una cuestión de la modernidad.

En síntesis, en Malthus se da un doble proceso mental. Por un lado, el recorte de la población únicamente desde su cantidad, elevándola al nivel de cuestión social. No es la población en sí, con todas sus complejidades, la preocupación real, sino sólo su cantidad, lo cual, cabe decirlo, no es poca cosa. Por otro lado, este recorte de la población, esta reducción de la reproducción a su número, adquiere, sin embargo, sentido y trascendencia a la luz de su articulación con los procesos de modernización. Esto es, la cantidad configura una cuestión social a la luz de determinados principios de la modernidad, presentes en el pensamiento de Malthus y en sus seguidores y críticos durante el siglo XX.

El discurso de la población en la transición demográfica

El planteamiento de Malthus es retomado en el siglo XX por distintos autores (Thompson, 1946; Notestein, 1945; Coale, 1973; entre otros) quienes, sin embargo, dan algunos giros metodológicos y teóricos al planteamiento inicial de Malthus, elaborando una formulación y conceptualización más detallada de la dinámica de la población, y sus relaciones con el proceso de modernización. Al respecto, se conceptualiza el cambio demográfico como un proceso de *transición demográfica*, entendiéndola como un modelo que permite in-

tegrar, en un mismo análisis, la dinámica del cambio en los distintos componentes del crecimiento demográfico (mortalidad y natalidad principalmente), con la dinámica del cambio social y económico. Esta forma de plantear la dinámica de la población se sustenta en la apreciación de que el cambio demográfico forma parte del cambio social, entendido este último como proceso de modernización. En este contexto, la transición demográfica sería un componente de este proceso de cambio social, en tanto con él se desea indicar el proceso de modernización de la dinámica demográfica, esto es, del comportamiento demográfico de la población (Thumbelle, 1996).

La *modernización demográfica* se expresaría concretamente en el tránsito desde una sociedad tradicional caracterizada por altos niveles de fecundidad y mortalidad, hacia una sociedad moderna caracterizada, en cambio, por bajos y controlados niveles de tales variables demográficas. La reducción en los niveles de estas variables demográficas se asocian al proceso de modernización de la sociedad en términos de que la secularización de las relaciones sociales implicarían un cambio radical en el comportamiento demográfico, en especial, con relación a las prácticas de reproducción de la población, la formación de hogares, la inserción laboral de las mujeres y el cambio en la estructura de valores, entre otros factores.

Este cambio demográfico, asociado a la modernización, Livi Bacci (1994) lo interpreta como una ganancia en términos de mayor "eficiencia demográfica", que se manifiesta en una reducción de los niveles de "caos demográfico", y un tránsito hacia el "orden demográfico". De acuerdo con este autor, en las sociedades tradicionales

> [...] el crecimiento era lento y se producía con una gran disipación de "energía" demográfica: las mujeres debían dar a luz media docena de hijos para poder ser remplazadas por la generación posterior. Cada generación de nacidos perdía entre la tercera parte y la mitad de sus componentes antes de que estos alcanzaran la edad reproductiva. Las sociedades del *antiguo régimen* eran, por consiguiente, ineficientes desde el punto de vista demográfico [...] Además de su ineficiencia, el antiguo régimen demográfico se caracterizaba por el "desorden" demográfico. Eran notables las probabilidades de que un hijo muriese antes que sus padres, subvirtiendo el *orden natural* de la procedencia de las generaciones [...] Podemos decir que usamos la expresión "transición demográfica" para definir el proceso complejo del paso del desorden al orden y del desperdicio a la economía: este tránsito implica un descenso de los niveles altos a niveles moderados de mortalidad y fecundidad (Livi Bacci, 1994:13-14).[13]

[13] Esta cita es interesante, Livi Bacci no hace sino aplicar la teoría de la modernización al análisis del cambio demográfico, en los mismos términos y la misma lógica de análisis y el

Ahora bien, esta transición de la dinámica demográfica, de altas a bajas tasas de mortalidad y fecundidad, permite pensar en distintas "etapas" en las cuales se ubican las distintas poblaciones o sociedades nacionales.[14] Se trataría de una ruta de transición por la cual han de pasar todas las sociedades, pero en ritmos y momentos diferentes. Asimismo, de acuerdo con el punto de vista de la transición demográfica, estas diferencias muestran también los distintos momentos o fases del proceso de modernización. No obstante, lo relevante es que en todos ellos se establece un descenso más pronunciado en las defunciones que en los nacimientos, generándose con ello las condiciones demográficas para un incremento en las tasas de crecimiento de la población, que en algunos casos llegarían a ser hasta "explosivas".

Por otro lado, la transición demográfica no es un proceso único que se haya dado de la misma manera y con la misma intensidad en todas las sociedades. Por el contrario, la forma e intensidad del descenso y control de las variables demográficas básicas (mortalidad y fecundidad) ha seguido patrones diferentes en diversos momentos para distintas sociedades.[15] Asimismo, estas diferencias regionales y temporales en el proceso de cambio demográfico reflejan las diferencias regionales y temporales con relación al proceso de modernización en su conjunto. De esta forma, puede concluirse que no existe un único patrón de cambio demográfico, sino más bien existen distintos

---

mismo estatus para las categorías usadas. Su discurso expresa no sólo aspectos analíticos de la teoría de la modernización, sino también el trasfondo ideológico de su posición, que se expresa en la fuerza ideológica de diversas categorías usadas (eficiencia, orden, antiguo régimen, entre otras) que le permiten sostener la superioridad de un régimen demográfico moderno por encima de uno tradicional, superioridad sustentada en una mayor *racionalidad* en el uso de los recursos demográficos.

[14] Así, en diversos trabajos del Celade se agrupan los países latinoamericanos de acuerdo con el grado de avance en su transición demográfica. Esta clasificación puede extenderse a todo el mundo, observándose que, en general, los países centrales aparecen en etapas más avanzadas de la transición que los países periféricos y dependientes. Acerca de esta clasificación de los países, puede consultarse diversos trabajos presentados en la *IV Conferencia Latinoamericana de Población. La Transición Demográfica en América Latina y El Caribe*, México, IUSSP-PROLAP-ABEP-CELADE-SOMEDE.

[15] La clasificación de los países de acuerdo con distintas etapas de la transición, plantea una diferencia temporal de no poca importancia. En el caso de algunos países del tercer mundo, por ejemplo, este proceso de transición demográfica se ha caracterizado por un crecimiento "explosivo" de su población, producto del distinto ritmo y patrón de respuesta de cada componente demográfico a las transformaciones en la estructura social generadas por el desarrollo económico y la modernización social. Mientras el mejoramiento en las condiciones de salud, servicios e infraestructura médica permitieron una rápida caída de la mortalidad, la fecundidad, en cambio, tendió a responder con cierto retraso debido a que la "modernización" de los patrones culturales que inciden en el comportamiento reproductivo ha sido más lenta y gradual (Benítez, 1994).

Ahora bien, esta transición de la dinámica demográfica, de altas a bajas tasas de mortalidad y fecundidad, permite pensar en distintas "etapas" en las cuales se ubican las distintas poblaciones o sociedades nacionales.[14] Se trataría de una ruta de transición por la cual han de pasar todas las sociedades, pero en ritmos y momentos diferentes. Asimismo, de acuerdo con el punto de vista de la transición demográfica, estas diferencias muestran también los distintos momentos o fases del proceso de modernización. No obstante, lo relevante es que en todos ellos se establece un descenso más pronunciado en las defunciones que en los nacimientos, generándose con ello las condiciones demográficas para un incremento en las tasas de crecimiento de la población, que en algunos casos llegarían a ser hasta "explosivas".

Por otro lado, la transición demográfica no es un proceso único que se haya dado de la misma manera y con la misma intensidad en todas las sociedades. Por el contrario, la forma e intensidad del descenso y control de las variables demográficas básicas (mortalidad y fecundidad) ha seguido patrones diferentes en diversos momentos para distintas sociedades.[15] Asimismo, estas diferencias regionales y temporales en el proceso de cambio demográfico reflejan las diferencias regionales y temporales con relación al proceso de modernización en su conjunto. De esta forma, puede concluirse que no existe un único patrón de cambio demográfico, sino más bien existen distintos

---

mismo estatus para las categorías usadas. Su discurso expresa no sólo aspectos analíticos de la teoría de la modernización, sino también el trasfondo ideológico de su posición, que se expresa en la fuerza ideológica de diversas categorías usadas (eficiencia, orden, antiguo régimen, entre otras) que le permiten sostener la superioridad de un régimen demográfico moderno por encima de uno tradicional, superioridad sustentada en una mayor *racionalidad* en el uso de los recursos demográficos.

[14] Así, en diversos trabajos del Celade se agrupan los países latinoamericanos de acuerdo con el grado de avance en su transición demográfica. Esta clasificación puede extenderse a todo el mundo, observándose que, en general, los países centrales aparecen en etapas más avanzadas de la transición que los países periféricos y dependientes. Acerca de esta clasificación de los países, puede consultarse diversos trabajos presentados en la *IV Conferencia Latinoamericana de Población. La Transición Demográfica en América Latina y El Caribe*, México, IUSSP-PROLAP-ABEP-CELADE-SOMEDE.

[15] La clasificación de los países de acuerdo con distintas etapas de la transición, plantea una diferencia temporal de no poca importancia. En el caso de algunos países del tercer mundo, por ejemplo, este proceso de transición demográfica se ha caracterizado por un crecimiento "explosivo" de su población, producto del distinto ritmo y patrón de respuesta de cada componente demográfico a las transformaciones en la estructura social generadas por el desarrollo económico y la modernización social. Mientras el mejoramiento en las condiciones de salud, servicios e infraestructura médica permitieron una rápida caída de la mortalidad, la fecundidad, en cambio, tendió a responder con cierto retraso debido a que la "modernización" de los patrones culturales que inciden en el comportamiento reproductivo ha sido más lenta y gradual (Benítez, 1994).

modelos empíricos de transición demográfica. Con base en estas diferentes transiciones experimentadas por cada sociedad, en distintos tiempos y a distintos ritmos, algunos autores plantean que la transición demográfica alude, más que a un marco teórico, a un modelo descriptivo del cambio demográfico, cuando no a una mera "expresión genérica" y vaga del sentido que estaría tomando el cambio demográfico (Livi Bacci, 1994). Sin embargo, esto es una salida fácil que intenta justificar la falta de teoría y el abandono de intentos de explicación y teorización del proceso de cambio demográfico.

Es una salida fácil porque aun cuando se asuma la transición demográfica como modelo estrictamente descriptivo y empírico, en el fondo este modelo se sustenta en el marco teórico de la modernización, aunque pocas veces ello se haga en forma explícita. No es posible usar el modelo de la transición demográfica desde un enfoque que no sea el de la modernidad. La teoría de la modernización es el marco desde el cual el modelo de la transición demográfica ha sido construido y llenado de sentido y significación.[16] Plantear el posible uso de la transición demográfica como modelo descriptivo pura y simplemente es un llamado engañoso, pues obliga a pensar el problema demográfico en el ámbito de la teoría de la modernización, pero sin hacerlo explícito e impidiendo, por tanto, la reconstrucción del problema demográfico a partir de la revisión crítica del paradigma de la modernidad.

Se puede estar de acuerdo en que existen distintos modelos empíricos de transición demográfica. Sin duda ello es así. Por ejemplo, el modelo de transición que caracteriza a la población europea es sustancialmente diferente del que está experimentando la población africana, o del que ha experimentado la población latinoamericana. Asimismo, en cada región, también pueden observarse modelos diferentes para cada país o subregión. Lo que quiere decir, no sólo a diferencias de ritmo, intensidad, duración, interacción entre variables demográficas, etc.; sino también a diferencias en cuanto a la articulación de estos cambios con la dinámica de la modernización de dichas sociedades. De hecho, los diferentes modelos de cambio (transición) demográfico reflejan los distintos modelos de modernización de la sociedad.[17]

[16] En algunos casos la revisión crítica de la transición demográfica se refiere en diversos puntos a una revisión crítica de la teoría de la modernización. Tal es el caso, por ejemplo, del enfoque histórico estructural desarrollado en América Latina. Al respecto, véanse los trabajos de Patarra, 1973; y Benítez, 1994.

[17] Es importante mencionar la crítica del proceso de modernización en sí, esto es, el sentido de la modernización en cada sociedad. Pero éste es un punto que aleja de la discusión de este artículo. No obstante, parte de ello será retomado más adelante cuando se haga una revisión breve del debate modernidad/posmodernidad.

Sin embargo, esta diversidad de modelos de transición no debe llevar a un engaño. Su existencia no invalida el hecho de que la transición demográfica es heredera del pensamiento de la modernización. Como modelo, la transición demográfica en todos los casos, en todas sus diferentes experiencias, refleja un mismo proceso y un mismo marco de entendimiento del cambio demográfico: la modernidad como visión del mundo, y la modernización como marco conceptual para su entendimiento y análisis. El intento por reducir el alcance de la transición demográfica a mero modelo descriptivo refleja la posición ambigua y oportunista, un engaño metodológico. Con ello se intenta evitar el enfrentamiento y crítica teórica y metodológica, esto es, se niega la posibilidad de una reflexión y una revisión crítica que contradiga y cuestione no sólo las relaciones demográficas que el modelo plantea, sino por sobre ello sus marcos analíticos, sus esquemas comprensivos, su trascendencia y su historicidad.

En síntesis, como modelo o como teoría, la transición demográfica es parte del pensamiento moderno, de una perspectiva modernista de la sociedad y su transformación. Esta tesis es importante, puesto que ayuda a entender además el giro teórico y metodológico que diversos autores hacen del pensamiento de Malthus en términos de la relación población-modernización. Con base en este giro se plantea una revisión de la tesis de Malthus en términos de la relación población-recursos. El giro en realidad es muy simple. Para Malthus la reducción del crecimiento demográfico pudiera tener efectos importantes en el logro de la felicidad humana, pero en ningún caso afectaría la dinámica de crecimiento de los recursos materiales. Es decir, la economía de los alimentos no dependía del tamaño de la población, ni de su ritmo de crecimiento. E inversamente, la capacidad de crecimiento de la población no dependía de los recursos materiales disponibles. La disponibilidad de recursos afectaba más bien la reproducción concreta y material de la población, mas no su capacidad. De hecho, Malthus planteaba la necesidad de intensificar los distintos tipos de control ("frenos") de la capacidad de reproducción de la población, de modo de ajustar su crecimiento a las condiciones materiales que permitieran alcanzar el fin último expresado en la felicidad humana (en lenguaje moderno, léase y entiéndase el bienestar, progreso, modernidad, etcétera).

A diferencia de Malthus, los neomalthusianos, se interesan por la reproducción concreta y material de la población. Por otro lado, se plantea que esta reproducción incide en la capacidad de crecimiento y desarrollo de la economía, en su capacidad de modernización. Finalmente, una vertiente del neomalthusianismo plantea que el crecimiento demográfico es determinado, entre otros factores, por la capacidad de la sociedad para desarrollar las transformaciones sociales necesarias para el tránsito hacia una sociedad moder-

na. En ambos casos se establece una relación de causalidad o por lo menos de condicionamiento, en la relación población-modernización, misma que sin embargo, estaba ausente en los planteamientos de Malthus.

En el caso de la primera vertiente del neomalthusianismo, Notestein afirma que "la nación que decida ser grande y próspera puede lograr su objetivo más pronto si reduce cuanto antes y de manera drástica sus tasas de natalidad" (Notestein, 1945:146). En este marco, la población y su dinámica son vistas como un factor que, junto a otros, resulta determinante para el tránsito hacia una sociedad moderna, próspera y encauzada en la ruta del progreso social. Los planteamientos del Club de Roma, sintetizados en los libros de los Meadows en torno a los límites del crecimiento,[18] se inscriben también en esta perspectiva. Para ellos, el problema es visto en términos de los límites que se plantean para el crecimiento de la población, en el marco de lo que posteriormente se conceptualizaría como desarrollo sustentable. Ellos señalan los peligros que implica para la sociedad moderna el que se sobrepasen los límites de crecimiento demográfico lo que pudiera hacer insustentable el ecosistema. Así, con base en modelos de simulación, ya en el informe del año 1972 ellos planteaban que

> [...] las actuales tendencias de crecimiento en la población mundial, industrialización, contaminación, producción de alimentos y explotación de recursos, continúa sin modificaciones, los límites del crecimiento en nuestro planeta se alcanzarán en algún momento dentro de los próximos 100 años. El resultado más probable será una declinación súbita e incontrolable tanto de la población como de la capacidad industrial (Meadows *et al.*, 1992:20).

En este discurso neomalthusiano es clara la reformulación de la relación población-recursos en el marco de la modernización. Por un lado, la modernización es el objetivo y, por otro, la dinámica de la población es el obstáculo. El crecimiento de la población, el régimen demográfico tradicional, etc., son vistos como estructuras de un pasado que es necesario transformar para eliminar los obstáculos en el camino de la modernización. En tanto obstáculo, la población deviene en medio y método privilegiado para lograr el desarrollo, la modernidad.[19] Este principio sustenta en definitiva la formulación de

[18] Véase Donella Meadows, *et al.*, *The Limits to Growth. A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*, Nueva York, Universe Books, 1972; y Donella Meadows *et al.*, *Más allá de los límites del crecimiento*, Madrid, El País-Aguilar, 1992. El primero corresponde al reporte del equipo del MIT al Club de Roma, y el segundo a una actualización y revisión completa del anterior.

[19] Tal pareciera que la población fuera un factor natural, como el clima, la tierra o el agua, cuya dinámica, al no estar controlada, puede atentar contra los objetivos de crecimiento y

las políticas de población. No se trata de políticas de control de la dinámica demográfica pura y simplemente, sino de políticas de promoción del desarrollo y la modernidad. La población, esto es, su dinámica demográfica, adquiere un sentido utilitario definido en los marcos de la modernización.

Desde un punto de vista diferente, pero también dentro del marco neomalthusiano de la transición demográfica, se plantea la relación población-modernización en una dirección opuesta. No es la población la base de la modernización, sino a la inversa, la modernización es la base de la transformación del régimen demográfico. En este esquema también se plantea la necesidad de políticas de población, pero en un sentido diferente. No ya como política de promoción del desarrollo necesariamente, sino como política que posibilite en la práctica la "modernización" de los patrones demográficos. En términos del planteamiento de Livi Bacci citado anteriormente, la idea sería que el Estado debe coadyuvar en la modernización del régimen demográfico para hacerlo más "eficiente", y reducir el gasto de "energía demográfica".

Ahora bien, ambas posiciones son vertientes del pensamiento neomalthusiano porque comparten algunos elementos entre sí, y con el discurso de Malthus acerca de la población. Por un lado, en ambos casos la dinámica de la población, en particular del cambio demográfico, se analiza desde el marco de la modernización. Se ubican en distintas posiciones, pero dentro de un mismo marco de entendimiento y delimitación del problema. En ambos casos, la modernidad constituye la matriz desde la cual se entiende y comprende la dinámica del cambio demográfico. En ambas posiciones, la modernización configura el proceso desde el cual se da sentido y significado al cambio demográfico. Lo que hace la diferencia es la función que le asignan a cada polo de la relación población-desarrollo, pero no la relación en sí, ni mucho menos el discurso de la modernidad que está detrás del concepto de desarrollo (Canales, 1999).

Por otro lado, en ambas posiciones y, en general, en el enfoque de la transición demográfica como un todo, se comparte también la conceptualización de la Población. El término es delimitado y problematizado con base en una misma dimensión: la cantidad. Pero no sólo eso, no hay una reflexión ni revisión crítica del término de población, de sus alcances, su historicidad y sus límites. Este punto, sin embargo, se retomará más adelante, cuando se presente una revisión del discurso malthusiano (y neomalthusiano) desde el punto de vista posmoderno.

---

desarrollo. O lo que es lo mismo, que el control de esta fuerza natural (el crecimiento demográfico), al igual que el control de cualquier otra fuerza natural, posibilitaría el tránsito seguro hacia la modernidad.

El debate modernidad-posmodernidad.
Elementos para la deconstrucción del discurso demográfico

Presentar la revisión del debate posmoderno va más allá de los objetivos de este trabajo.[20] Sin embargo, aquí se rescatan algunos temas relevantes y pertinentes en la reflexión acerca del predominio del pensamiento malthusiano en el discurso demográfico. Un primer punto a tratar es que, al menos en las ciencias sociales,[21] el debate modernidad-posmodernidad corresponde a una polémica aún no concluida, y en la cual pueden ubicarse distintos puntos de vista. Sin afán de reducir este debate, cabe clasificar las distintas propuestas al menos en dos posiciones extremas. Siguiendo a Hopenhayn (1994), se ubica por un lado a los *posmodernos entusiastas* que proclaman el colapso de la modernidad, de sus bases culturales y de sus paradigmas en ciencias sociales, en política, en arte y en filosofía. Se trata de un "posmodernismo de reacción" (Foster; 1985), que mediante una posición antimodernidad busca justificar su desencanto con las instituciones y el proyecto de la modernidad en un discurso neoconservador, más proclive a mantener y defender el *statu quo* alcanzado, que a una revisión y deconstrucción de la modernidad. No es raro ver que este desencanto posmoderno se manifieste en un abandono del proyecto de la modernidad, y de los metarrelatos que sustentaban su visión de mundo. Como señala Habermas, se trata de "ideas de antimodernidad, junto a un toque adicional de premodernidad, que se están popularizando en los círculos de la cultura alternativa" (Habermas, 1985:36).

Por otro lado, se ubica a los *posmodernos críticos*, que reconocen la crisis de la modernidad no como su posible obsolescencia, sino más bien como un momento de inflexión que es parte de su propia dinámica. Posmodernismo, en este caso, indica más bien una opción por la deconstrucción del modernismo y una radical oposición al *statu quo*. Foster (1985) lo llama "posmodernismo de resistencia" en oposición a un "posmodernismo de reacción". Se trata en definitiva de una posición de *crítica pero sin renunciar* al proyecto de la modernidad, en el que el posmodemismo alude más bien a una posición reflexiva, esto es, de pensamiento de la modernidad a partir de ella misma, explicitando sus propios conflictos irresueltos (Beck, 1994).

[20] Para una revisión amplia de este debate, pueden consultarse los trabajos de Calderón, 1988; Berciano, 1998, Beriain, 1996; Foster, 1985; Saúl, 1992 y Wallerstein, 1991, entre otros.

[21] El debate posmoderno es más amplio, y abarca también al ámbito de las artes y las letras, así como a la filosofía y epistemología. En concreto, el término posmoderno se origina en la arquitectura, para designar una corriente crítica al modernismo. Al respecto véase Piscitelli, 1988.

Este trabajo se ubica en la segunda posición en la que el posmodernismo, más que indicar una posición de negación y antimodernidad, define por el contrario, una perspectiva de entendimiento del proyecto de la modernidad (Heller, 1991). En particular, el posmodemismo corresponde a una estrategia heurística y metodológica que permite replantear el problema de la población a partir de la deconstrucción de los discursos predominantes en demografía. Desde la perspectiva posmoderna pueden revisarse los principales componentes del discurso moderno de la población, no para encerrarlo en su propia imagen, sino a fin de abrirlo a otras visiones. Se trata de desactivar y abrir los sistemas que encierran el discurso de la población en los límites de la modernidad, de modo de abrirlo a la heterogeneidad de textos y lecturas posibles (posmodernas). En síntesis, se trata de desafiar y desactivar las narrativas dominantes en el discurso moderno de la población con base en la deconstrucción crítica de su "tradición" hegemónica, el malthusianismo. Parafraseando a Foster (1985) es una crítica a los orígenes, que implica su necesaria revisión, pero en ningún caso un retorno a ellos. Ahora bien, esta deconstrucción del discurso demográfico tradicional, esta revisión crítica de sus orígenes se desarrolla en torno a cuatro puntos centrales en la crítica posmoderna de la modernidad.

a) El proyecto de la modernidad sustenta un proceso de diferenciación y delimitación frente al pasado mediante el cual la sociedad moderna, a diferencia de las sociedades tradicionales, tiene que fundarse sobre sí misma (Beriain, 1996).[22] Para lograr esta autoorganización social, la modernidad debía ser capaz de desarticular no sólo las estructuras sociales y materiales de la sociedad tradicional, sino que junto a ello debía ser capaz de desactivar el potencial del sistema conceptual y epistémico basado en el cual se construía su visión del mundo y sustentaba una forma de pensar y de actuar. Asimismo, en ese proceso la modernidad debía ser capaz de sustituir las formas de pensar y actuar predominantes en las sociedades tradicionales por formas modernas de acción y pensamiento. Se trataba en definitiva de imponer una moderna visión del mundo, cuya superioridad sería sustentada en el potencial de la razón y la ciencia.[23]

[22] Bierain (1996) menciona diversos conceptos que ilustran el carácter reflexivo de la sociedad moderna, tales como autovalorización (Marx), autoproducción (Touraine), autoconfrontación (Beck) y autorreferencia (Luhman), al que se puede agregar el de autorganización (Maturana).

[23] Crosby (1997) ejemplifica esta superioridad de la sociedad occidental en el desarrollo de la medición y cuantificación como estrategia metodológica para la comprensión y transformación de la realidad.

Este movimiento se manifestó como una secularización del pensamiento y visión de mundo. Se trataba del traspaso del concepto de trascendencia desde el ámbito de la religión al de la historia, la política y la ciencia (Mires, 1996). La modernidad proponía así un proyecto de trascendencia no religioso, sino secular, fundado en la razón humana y, en particular, en el desarrollo libre de la ciencia. De esta forma, el pensamiento moderno busca fundar una visión de mundo basada en una perspectiva racional y científica, expresando con ello, la tesis modernista del predominio de la razón por encima de otras formas de comprensión del mundo social y natural. Ésta es la base de la supremacía que la modernidad se atribuye con relación a las visiones de mundo premodernas o tradicionales, sustentadas en estructuras cognitivas y de comprensión de carácter religioso, mágico y/o "irracionales". La razón pasa a ser así la principal arma de la modernidad contra las fuerzas del oscurantismo y conservadurismo representadas por y en las tradiciones y otras instituciones sociales de las sociedades premodernas.

Asimismo, el predominio de la razón no es gratuito. Con base en ella se funda el pensamiento científico y el desarrollo de la tecnología, sustentos materiales de la modernización. La tesis modernista es que las instituciones tradicionales impedían el desarrollo de la razón y la ciencia, así como su manifestación en el desarrollo tecnológico, limitando de ese modo las posibilidades de progreso social y material de las sociedades. De esta forma, y en virtud de aumentar el progreso a estatus de razón moderna, se necesita sustentar un proyecto de secularización de la sociedad, en especial en el ámbito de la producción científica y tecnológica. De acuerdo con Habermas, "el proyecto de la modernidad pretendía liberar los potenciales cognitivos [de modo] de utilizar esta acumulación de cultura especializada para el enriquecimiento de la vida cotidiana, es decir, para la organización racional de la vida social cotidiana" (Habermas, 1985:28).

En el pensamiento de la Ilustración, el progreso se ve como algo no sólo inevitable, sino como la encarnación de una visión teleológica de la historia humana. En tal sentido, la secularización de la razón científica y tecnológica permitiría la liberación de las fuerzas del progreso social y material, abriendo de ese modo una senda de modernización y desarrollo progresivo e ininterrumpido. De acuerdo con el proyecto de la modernidad, el hombre moderno se ve a sí mismo en el centro de un proceso de evolución natural y social en el que el progreso pasa a ser su manifestación concreta, y la razón y la ciencia sus principales fuerzas motrices. De esta forma, la modernidad expresa un metarrelato en el que se hace una glorificación de la idea de progreso en términos de una "convicción de que la historia del hombre marcha en una direccionalidad determinada en la que el futuro es por definición, superación del presente"

(Hopenhayn, 1994:159-160). En una palabra, la idea de progreso constituye la inspiración central de toda la filosofía del pensamiento moderno (Nisbet, 1981).

La modernización corresponde precisamente a este proceso de evolución social desde sociedades tradicionales hacia sociedades modernas, en las que la noción de progreso configura el marco teleológico que le da sentido a dicha modernización de la sociedad. Subyace a esta visión de mundo la noción de que la modernización, en tanto estrategia hacia el futuro, define su evolución y progreso que se presupone ha de ser continuo, permanente e infinito. De hecho, la modernización implica la *superación* de formas tradicionales y su sustitución por formas modernas en un marco de creciente racionalización de la vida social, de sus instituciones, e incluso de las propias "tradiciones" que la modernidad genera.

Así, es posible entender discursos acerca de la población como el de Livi Bacci, citado en páginas anteriores. La modernización y la modernidad ofrecen las herramientas conceptuales y una estructura de pensamiento para entender la dinámica de la población. Por un lado, la transición demográfica, en tanto cara demográfica del proceso de modernización, es vista como un camino, la ruta que llevaría no sólo a una mayor eficiencia demográfica, sino a un régimen demográfico de orden superior en términos de los niveles de racionalidad que lo sustentarían. En otras palabras, las diferencias entre un sistema demográfico tradicional y uno moderno no son sólo de niveles de las variables, sino por encima de ello, de órdenes de racionalidad, y por tanto, de *supremacía* (en términos de eficiencia, orden, secularización, apoyo y sustento técnico y tecnológico, etc.) del segundo sobre el primero.

En este sentido, cabe mencionar que el discurso de la transición demográfica es hijo de la modernidad. Tanto en los términos en que es formulado, como en los marcos teleológicos que le subyacen y desde los cuales se construyen sus significados. Si bien la teoría de la transición demográfica ya ha sido ampliamente criticada, en función de los términos en que ha sido formulada, no se había asociado, sin embargo, con el discurso de la modernidad, ni mucho menos, se planteaba su revisión con base en los aportes del debate posmodemo.

b) Ahora bien, desde la perspectiva posmoderna, se ha avanzado precisamente, en la revisión y crítica de las nociones de progreso y evolución social. La crítica se ha centrado en el carácter teleológico que estas categorías adquieren en el discurso de la modernidad.[24] Desde el punto de vista del posmodernismo se

[24] Sin duda, la crítica posmoderna abarca muchos otros aspectos de la modernidad. Aquí se hace énfasis en la crítica del progreso por cuanto es la base del proceso de modernización, mismo que configura el marco desde el cual la población es problematizada en el discurso malthusiano.

plantea que la Historia no marcha necesariamente de un modo ascendente, lineal, progresivo y continuo como lo supone el pensamiento de la modernidad. Por el contrario, se plantea que el proceso de cambio social (que no de evolución social) en la historia está lleno de múltiples direcciones y con márgenes crecientes de incertidumbre respecto al futuro. De acuerdo con Martín Hopenhayn "no hay una racionalidad interna y única que regula el movimiento de la historia, sino múltiples fuerzas inconjugables en una razón comprehensiva, y que dan resultados imprevistos, provisorios, parciales y dispersos" (Hopenhayn, 1994:162).

Al respecto, Giddens señala que la visión de la historia desde la perspectiva evolucionista y con base en la noción de progreso implica establecer la visión totalizada y lineal de la historia, cuando lo que la caracteriza es precisamente su carácter discontinuo, fragmentario y asincrónico. Para él, "la deconstrucción del evolucionismo social significa aceptar que la historia no puede ser vista como una unidad, o como el reflejo de ciertos principios de organización y transformación" (Giddens, 1990:6). Al respecto Giddens propone una interpretación "discontinuista" del desarrollo social moderno, lo que le permite cuestionar la tesis modernista referente a una línea del tiempo en la historia. No puede hablarse de la historia como un proceso evolutivo y que avanza linealmente hacia el progreso. Antes bien, se trata de discontinuidades sociales y temporales, saltos y bifurcaciones que impiden establecer principios de certidumbre respecto al futuro.[25]

Ahora bien, al hacer la revisión del discurso moderno de la población con base en este enfoque crítico de la modernidad, es importante cuestionarse cómo explicar la racionalidad que se le atribuye al cambio demográfico en el pensamiento de la transición demográfica, si efectivamente no existe una única racionalidad, una única dirección en la historia, si en definitiva, la ruta del progreso no es ni continua ni ininterrumpida. En otras palabras, si se trata realmente de una modernización discontinua, no lineal e incierta en su proyección hacia el futuro, cómo es posible entonces dar por hechas y no cuestionar las "certezas" que plantea la transición demográfica, así como la linealidad y continuidad del cambio demográfico que presupone.

Respecto a la noción de "discontinuidad", por ejemplo, no se trataría sólo de "saltos" demográficos, sino de la dificultad de establecer la racionalidad y la lógica interna de dichos saltos. De esta forma se critica la perspecti-

[25] Sin embargo, Giddens no se define como posmodernista, sino como crítico de la modernidad desde la modernidad misma. Al respecto, Robertson presenta una importante revisión del planteamiento de Giddens. Véase Robertson, 1992, en especial el capítulo 9: "Globality, Modernity and the Issue of Postmodernity".

va neomalthusiana, en la medida en que presupone que la lógica subyacente del cambio demográfico es la misma que la lógica de la modernización. O lo que es lo mismo, que la racionalidad de la transición demográfica estaría dada por la racionalidad de la modernización y el progreso. Obviamente, en la medida que se critique y cuestione la modernización, sus lógicas internas, su sentido, las formas que se le atribuyen, etc., la crítica al pensamiento malthusiano es una mera conclusión, un mero corolario lógico. En una palabra, si en el pensamiento malthusiano la racionalidad del cambio demográfico está dada por la racionalidad de la modernización (del progreso y evolución social), entonces qué queda de aquélla una vez que ha sido desestructurada y desactivada esta última.

Ante esta crítica, sólo una tesis puede apoyar el discurso de la transición demográfica. Asumir que la dinámica demográfica corresponde a una fuerza natural, autónoma y transhistórica, cuya racionalidad no puede reducirse a fenómenos sociales, culturales, económicos y políticos. Esto es, el cambio demográfico puede ser redirigido, reestructurado desde la dinámica social por la modernización, pero en esencia ello actuaría sobre una racionalidad natural. La transición demográfica correspondería más bien a una especie de "ley natural" de la población. Sin embargo, asumir este supuesto implica desactivar toda posible relación de la demografía con la modernidad, y en general con las ciencias sociales, ya sea que adoptemos una perspectiva desde el proyecto de la modernidad como, por el contrario, que asumamos una posición crítica desde visiones posmodernistas. En una palabra, la demografía dejaría de ser una ciencia social construida históricamente y heredera del pensamiento de su época.[26]

c) En este marco de "discontinuidad" de la historia, también se cuestiona la idea del Progreso como medio de integración social, esto es, de una "modernización integradora" (Hopenhayn, 1994). Al respecto, se plantea que la modernización genera crecientes formas de desigualdad, heterogeneidad y diferenciación social. De acuerdo con esta crítica, el mentado progreso y desarrollo social, en el fondo, no hacen sino incrementar el nivel de complejidad de la sociedad y de las relaciones humanas, así como los niveles de entropía social. Pero lo más importante, es que esta complejidad, diferenciación y heterogeneidad no es por ausencia de modernización, sino por el contrario es una de sus manifestaciones por excelencia (Canales, 2000).

[26] Una opción diferente, sin embargo, es pensar en campos alternativos desde los cuales establecer otro discurso demográfico. Esto es, otros campos y dimensiones mediante los cuales se pueda delimitar la cuestión demográfica. Esto implica una apertura a otros textos y otras lecturas, como las del feminismo, la antropología, la posmodernidad, entre otras, desde las cuales se

Asimismo, la crítica posmoderna permite sustentar una demanda por la diversidad y la diferencia, que no por la desigualdad. Esto es, se trata de defender la diversidad de formas, de pensamientos, de conocimientos, de "metarrelatos", de identidades que la propia modernidad produce, pero a la vez criticar las desigualdades e inequidades que van asociadas a la modernización. Es una oposición a la "funcionalidad" de lo moderno y a la homogeneidad de sus formas, cuyo sentido y función se determinan por los metarrelatos centrados en la noción de progreso, desarrollo, y modernización integradora. En síntesis, es una oposición a la política de homogeneización implícita en la noción de integración social que se promueve con la modernización y el progreso. Resulta importante retomar esta crítica en función de la reflexión demográfica que aquí se ha venido presentando: si como resultado de la modernización se tiene un incremento en la heterogeneidad y desigualdad (discontinuidades sociales, en el lenguaje de Giddens), entonces cómo debe entenderse el discurso de la transición demográfica que apunta precisamente en sentido inverso, esto es, de la homogeneización de los regímenes demográficos. En otras palabras, cómo puede mantenerse el discurso demográfico en el marco de esta visión crítica de la modernidad cuando se advierte que apuntan en sentidos opuestos.[27]

En realidad, el problema está en la delimitación del problema demográfico que sustenta el discurso de la transición demográfica. En éste, la homogeneidad que se plantea se refiere a una única dimensión: la cantidad de población. Sin embargo, no se cuestiona por su origen y morfología social e histórica, esto es, por los diversos significados que el número puede tener en momentos y sociedades distintas, como tampoco por las distintas formas y estructuras sociales que pueden esconderse detrás de un número, patrón o régimen demográfico. En este sentido, para avanzar en un entendimiento (posmoderno) de este "desorden" demográfico, de esta heterogeneidad de patrones de comportamiento, en primer lugar hay que superar la visión estrecha de reducir el régimen demográfico a su expresión cuantitativa. Y, en segundo, se hace necesario abrir el pensamiento demográfico a una diversificación de significados y sentidos de la cuestión y del problema demográfico. Se trata

---

puede construir otra problemática demográfica, la cual no necesariamente tenga relación directa con el problema de la cantidad en el proceso de reproducción de la población. Esta idea se retoma más adelante en las conclusiones de este trabajo.

[27] Cabe señalar que esta oposición surge a partir de una revisón del discurso demográfico desde una perspectiva posmoderna. Por el contrario, esta contradicción se diluye y no existe cuando se asume una perspectiva modernista de la población y su problemática, esto es, cuando se analiza la población desde los metarrelatos de la modernidad implícitos en el discurso demográfico malthusiano.

de ir más allá del número, de indagar en otros significados posibles de la dinámica demográfica (Canales, 1999). Para ello es necesario superar la visión modernista (malthusiana) de la "transición demográfica" la que impide ver y entender esta diversidad demográfica. Por eso se busca superar el término de "transición demográfica" y sus significados concretos ante el discurso de la modernidad, para poder adentrarse en otros campos de problematización y en otras dimensiones de significación de la dinámica de la reproducción de la población con base en una visión posmoderna de la sociedad, la población y su dinámica.[28]

d) Beck (1996a, 1996b y 1994) propone otra perspectiva de la sociedad moderna a partir de su teoría de la *sociedad del riesgo*. Con base en esta tesis, Beck plantea que no puede concebirse la modernización como un proceso autónomo de innovación y progreso si a la par no se considera el deterioro que este proceso genera. En este sentido, este autor define la sociedad moderna como una sociedad del riesgo. Se trata de riesgos políticos, ecológicos e individuales que están más allá de las posibilidades de control y protección de las instituciones de la sociedad industrial. Él expone la época actual como de tránsito desde la sociedad industrial a la sociedad del riesgo, pero no de cualquier riesgo. De hecho, en mayor o menor medida, toda sociedad está expuesta a riesgos eventuales que pueden destruirla.

La sociedad del riesgo alude, en cambio, a riesgos y peligros generados por la propia racionalidad de la sociedad moderna. Como lo señala directamente, "las constelaciones de la sociedad del riesgo se producen *a causa* del dominio de los supuestos de la sociedad industrial (consenso sobre el progreso, la abstracción de los efectos y peligros ecológicos, la optimización) sobre el pensamiento y acción de los hombres e instituciones" (Beck, 1996a: 202). En otras palabras, no se trata de peligros externos a la sociedad moderna, sino de aquellos que ésta genera, y con base en su propia racionalidad. Se trata de riesgos consustanciales a las formas modernas de producción, a la alta tecnología atómica y química, a la investigación genética, a la amenaza medioambiental, a las operaciones militares de alto nivel, a la progresiva depauperización de la humanidad, etc., se trata en definitiva, de riesgos y peligros que no sólo cuestionan y denuncian, sino que también tienen la capacidad de transformar a la sociedad industrial.[29]

[28] Véase la nota 26, *supra*.

[29] Sin embargo, su pensamiento no es antimoderno. Como él explícitamente señala, "la forma conceptual de sociedad del riesgo designa desde un punto de vista teórico-social y de diagnóstico cultural un estadio de la modernidad" (Beck, 1996a:203).

Desde sus inicios, el proyecto de la modernidad argumentaba su supremacía respecto a los modelos tradicionales, en términos del mayor y eficiente control de los factores de incertidumbre externos e internos. El control de plagas, enfermedades, la producción de más y mejores fuentes energéticas, en una palabra, el uso del conocimiento científico y de la razón para enfrentar los riesgos e incertidumbres de la vida era un argumento convincente para declarar la supremacía de la modernidad por sobre modelos de sociedades tradicionales. Sin embargo, el mismo progreso, la propia modernización, ha demostrado que se trata de un proceso más complejo signado por contradicciones internas. Así, la misma tecnología que permite el control de nuevas fuentes energéticas que pudieran reducir la incertidumbre que provoca el posible agotamiento de reservas tradicionales, es también la causa de nuevas incertidumbres y de potenciales riesgos. La misma modernización que parecía ser la ruta para incrementar los niveles de bienestar y felicidad humana se manifiesta en cambio como la causa de la creciente desigualdad e inequidad en el reparto no sólo de la riqueza, sino también de los riesgos de la sociedad industrial (Beck, 1996b). Se trata de riesgos nuevos, "modernos" si se quiere, porque surgen de la modernidad misma.

Con base en estas ideas, Beck propone el concepto de *modernización reflexiva*, como alternativo al concepto de modernización que ha sido predominante hasta ahora. Con dicho concepto, Beck invita a una posición de *autoconfrontación* de la sociedad industrial con sus propios efectos, con los riesgos y peligros que ella desencadena, y que por lo mismo, no pueden ser mensurados ni asimilados por los parámetros institucionalizados de la sociedad industrial (Beck, 1996a). La crítica de este autor hace énfasis en que el proyecto de la Modernidad no sólo no se ha completado, como menciona Habermas (1985), sino que además, aún en su estado incompleto, no está asegurado. O mejor dicho, que la modernidad en vez de transitar por una ruta lineal, por una dirección en la historia, se bifurca; el futuro pasa a ser algo incierto debido, precisamente, a la aplicación de los fundamentos de la modernidad. Esto es, que cada paso de "avance" se corresponde con una bifurcación, marcos de incertidumbre ante los riesgos que este avance genera. Por lo mismo, resulta difícil, si no imposible, calificar dicho paso como "avance" propiamente como tal, al menos en términos de superación de obstáculos a la modernidad. En términos simples, no hay avance sin su propio retroceso. Con el problema adicional, de que uno y otro son incomparables, en el sentido que desde el proyecto de la modernidad no se tienen los parámetros que permitan su medición y evaluación comparativa.

Entonces, es necesario preguntarse por el sentido del cambio demográfico en términos de si realmente representa un "avance" en una ruta de moderniza-

ción. Antes de avanzar en ello, conviene explicitar las diferencias del planteamiento de Beck acerca de la sociedad del riesgo desde el punto de vista de la modernización reflexiva de autores como los Meadows y el Club de Roma, quienes desde hace casi 30 años, han planteado el tema del crecimiento de la población en términos de los *riesgos* que implicaría para la sociedad industrial.

El planteamiento del Club de Roma (Meadows *et al.*, 1972) se basa en una actualización de Malthus, apoyados en la sofisticación de la tecnología computacional y el desarrollo de modelos de mayor complejidad que permiten el análisis integrado de múltiples variables (población, capital, recursos naturales, principalmente). En otro libro (Meadows *et al.*, 1992), ellos van más allá de lo que avizoraron con sus modelos de *World3* al señalar que, en diversos aspectos, en los años noventa se habría llegado ya a una situación de "sobrepasamiento" (*overshoot*) de los límites de crecimiento que la sociedad y la naturaleza pueden sostener. De esta forma, y recordando un clásico de la ciencia ficción, en términos de los *riesgos* del crecimiento demográfico tal parece que el futuro ya nos hubiera alcanzado.

Desde determinado punto de vista, pudieran entenderse estos planteamientos de los Meadows como precursores del pensamiento de Ulrich Beck, en términos de avizorar hace tres décadas, los *riesgos* de la población en la sociedad moderna. Sin embargo, hay sustanciales diferencias entre el pensamiento del Club de Roma y la propuesta de Beck en cuanro a estos puntos. Para los Meadows el problema de los riesgos es analizado y conceptualizado *desde* el proyecto de la modernidad, y en ningún caso implica un cuestionamiento a él. Se trata de un *análisis lineal* de los factores de riesgos en la sociedad moderna, a diferencia de Beck que exige un *pensamiento reflexivo* a ese respecto. En el caso de los Meadows, por ejemplo, el crecimiento en tanto factor de riesgo no es asimilado a la dinámica de la modernidad, sino como una consecuencia de su *ausencia* o de las *fallas* en su materialización. Su definición del término "sobrepasamiento" es clara y despeja toda duda. Al respecto, señalan que "el sobrepasamiento está causado por retrasos o *fallos* en los procesos de retroalimentación informativa que impiden a un sistema controlarse a sí mismo con relación a sus límites" (Meadows *et al.*, 1992:324. Énfasis míos). Por otro lado, esta idea se refuerza con el pensamiento de A. Peccei, uno de los fundadores del Club de Roma, para quien "el futuro ya no es lo que se esperaba que fuera, o lo que podría haber sido si el género humano hubiese *sabido usar su cerebro* y sus oportunidades con más *eficacia*. Pero el futuro aún puede convertirse en lo que de forma más *razonable* y *realista* deseamos" (Peccei, 1981:15. Cursivas mías).

En síntesis, los peligros del crecimiento demográfico no serían una consecuencia de la modernidad en sí, sino al contrario, porque las sociedades in-

dustriales no han sido lo suficientemente "modernas" como para corregir los problemas de retroalimentación y eficiencia, porque no han sido lo suficientemente racionales y eficaces para detectar las fallas y obstáculos a la modernidad que impiden su realización plena y absoluta. Por lo mismo, la solución que vislumbran no está en una revisión crítica del proyecto de la modernidad, sino en su aplicación completa y absoluta, en funcionar bajo los criterios de eficiencia y racionalidad que sólo la modernidad puede asegurar. Ésta es sin duda, una de las mejores defensas del proyecto de la modernidad, aun cuando parece criticarla.[30]

Desde el punto de vista crítico, sin embargo, la exigencia metodológica es dejar de pensar la población y la modernización en términos de desajustes y desequilibrios para comenzar a pensar esta relación en términos de sus contradicciones, de su reflexividad, esto es, en términos de las consecuencias demográficas que la propia modernidad ocasiona, y en qué circunstancias actuarían como factores de riesgos sociales, económicos, políticos, culturales y ecológicos. En síntesis, la problematización de la población debe surgir del análisis y conceptualización de las propias contradicciones y riesgos de la sociedad contemporánea, y no como un fenómeno externo. Se trata de una forma de entendimiento y comprensión de la población que incorpore su movimiento y contradicción al futuro como riesgos posibles y no como destinos manifiestos.[31]

De acuerdo con Touraine, se puede decir que también para la demografía ha llegado la hora de "invertir los papeles relativos atribuidos al crecimiento, la cultura y la organización social, y de proponer un nuevo análisis del desarrollo en nuestras sociedades de la baja modernidad" (Touraine, 1998:154). Esta inversión y revisión de los papeles implica construir perspectivas multidimensionales y transdisciplinarias, con la finalidad de abrir el tema de la poblacion a la construcción de otros significados y de otros textos desde los cuales se pueda reconfigurar una cuestión demográfica. Así, el problema de la población no será sólo de "desarrollo", en términos de los mecanismos de control de una fuerza natural para potenciar el crecimiento y la mo-

[30] En el fondo se trata de posiciones neoconservadoras, de *defensa sin crítica* a la modernidad y no de una posición posmoderna, como la sustentada en este trabajo, de *crítica sin renuncia* a la modernidad.

[31] Con relación al problema del envejecimiento, no se trata únicamente de un cambio en la proporción de "viejos" y "adultos". Las relaciones intergeneracionales no pueden verse únicamente en términos de "desajustes" demográficos ni de "desequilibrios" en la estructura por edad de la población. Por el contrario, han de entenderse en términos de los riesgos y contradicciones que crecientemente se heredan de una generación a otra, en un universo de tiempo que se acorta cada vez más.

dernización. Por el contrario, será —y en gran parte ya lo es— una cuestión social, política, cultural y principalmente, ética, esto es, de exigencias de compromiso y responsabilidad respecto a las transformaciones que la modernización genera.

Conclusiones

Con base en lo expuesto en este trabajo, dos ideas resultan importantes. Por un lado, que el significado concreto de la categoría población, así como las dimensiones mediante las cuales se delimita y configura es heredera del pensamiento moderno, esto es, de cierta cosmovisión moderna de la sociedad y su "gente". La problematización de la población en el discurso de la modernidad es representada mediante el pensamiento malthusiano, en el que la *cantidad* aparece como la principal dimensión desde la cual la población deviene en cuestión social y política. Por otro lado, la modernidad corresponde al marco desde el cual esta forma de delimitar el problema demográfico adquiere un sentido concreto. La preocupación *moderna* por la población se crea a partir de su relación con la dinámica de la modernización. Es a partir de los metarrelatos de la modernidad (el progreso y la evolución social, en particular) como la población es interpretada y significada en el proyecto de la modernidad.

La perspectiva posmoderna aporta elementos para una deconstrucción del discurso demográfico a fin de establecer y desentrañar estos vínculos de la demografía y el proyecto de la modernidad. La manera de revisar y criticar el discurso demográfico, plantea importantes diferencias con otras críticas al discurso malthusiano y a la demografía en particular. En efecto, en el debate en torno a la población, pueden identificarse dos puntos de confrontación. El primero tiene relación con la distinción entre "demografía formal" y "estudios de población", y el segundo con las críticas a la transición demográfica, ya sea como teoría, modelo o simple expresión genérica. No es el momento ni el lugar para reseñar estos debates, baste señalar que en el primer caso, la crítica desde los estudios de población a la demografía formal se basa en la delimitación teórico-metodológica que ésta plantea. En concreto, se critica el énfasis en las formas cuantitativas del fenómeno demográfico, sin capacidad para incluir los significados históricos y sociales de estos fenómenos. Con los estudios de población se busca en cambio, la comprensión y explicación de los fenómenos demográficos ante los procesos de cambio social y modernización.[32]

[32] Para más detalles sobre esta crítica, véase Canales, 1999; Lerner y Quesnel, 1986; y Corona, 1986.

Asimismo, respecto al segundo punto el debate se genera en las distintas respuestas que desde los estudios de población se plantean respecto a los fenómenos demográficos. En América Latina, en particular, hubo una crítica al enfoque de la transición demográfica, en tanto que no era capaz de comprender la especificidad del proceso de desarrollo y subdesarrollo en sociedades periféricas, mismas que implicaban la reformulación radical de las propuestas de la transición demográfica respecto a la dinámica de la población en nuestros países.[33]

Ahora bien, lo importante es que en uno y otro caso la crítica no apunta a la formulación del problema demográfico en sí, sino a las respuestas que se proponen. En el primer caso, el punto está en la insuficiencia del análisis demográfico formal para la comprensión del fenómeno demográfico. En tal sentido, puede señalarse que la fortaleza técnico-metodológica de la demografía formal esconde su debilidad teórico-metodológica. En el segundo caso, la discusión se da en torno al tipo de respuestas que desde diversas posiciones teóricas se formulan ante el problema demográfico. Aquí la distinción es teórica, y corresponde a distintos marcos teóricos que surgen respecto al proyecto de la modernidad. La crítica del enfoque histórico-estructural por ejemplo, menciona formas y configuraciones de la modernización que no son debidamente conceptualizadas por la transición demográfica. No es una crítica al proyecto de la modernidad en sí, sino a la interpretación de la modernización, pero compartiendo los metarrelatos de la modernidad.[34]

Esta propuesta de deconstrucción del discurso demográfico ante la crítica posmoderna es un intento por situarse más allá de esta polémica. En lo particular comparte alguna de las posiciones ya reseñadas; pero en lo esencial, el actual contexto de crisis y crítica, en las ciencias sociales, poco puede aportar el revivir esta polémica, aún cuando se inventen nuevos argumentos

[33] Respecto a esta crítica a la transición demográfica véase Patarra, 1973 y Benítez, 1994.

[34] Wallerstein plantea claramente esta idea al señalar que el marxismo y el liberalismo comparten un sustrato común al postular como inevitable el mejoramiento de las condiciones sociales bajo el impulso irresistible del desarrollo tecnológico. De esta forma, los marxistas "al aceptar la centralidad, e incluso la primacía de la modernidad de la tecnología, perdieron la lucha de clases" (Wallerstein, 1998:138). Sin embargo, este autor distingue dos aspectos del marxismo que conviene retomar en la discusión. Por un lado, el marxismo en tanto teoría de la modernidad está sin duda cuestionado al igual que el liberalismo. En cambio, el marxismo en tanto crítica de la modernidad puede ser un pilar importante para sustentar la revisión de la modernidad desde la visión posmoderna. Recuérdese, por ejemplo, el hecho de que Marx es uno de los primeros en cuestionar el concepto moderno de población, al señalar precisamente que la población es una abstracción si no se considera el hecho de que ella está formada y estructurada en y por clases sociales, clases que a su vez se sustentan en relaciones sociales concretas: trabajo asalariado, capital, explotación, etcétera (Marx, 1984:20 y ss.).

en favor o en contra de una posición. En cambio, el avance posible está en el cuestionamiento de la pregunta que dio origen a toda la polémica, y no tanto, en una nueva revisión de las respuestas que se han elaborado. De acuerdo con Ibáñez (1994),[35] se trata de una perspectiva que se basa en la pregunta por la pregunta, que implica dos estrategias distintas pero complementarias. Una es subversiva o irónica, pregunta por los fundamentos de la pregunta. En nuestro caso es la pregunta por la población, por los fundamentos que la definen en nuestra época actual. Este cuestionamiento llevó a mostrar que lo que actualmente se entiende por población es un producto históricamente determinado, y que corresponde en definitiva, a un invento de la modernidad. La segunda estrategia es reversiva o humorística. Es una pregunta a la respuesta. No para refutarla, sino para su deconstrucción. Ello derivó en que la respuesta y los debates en torno a ella, estén enmarcados en el proyecto de modernidad. Las distintas respuestas a la cuestión de la población sólo tienen sentido en los metarrelatos de la modernidad.

La complementación de ambas preguntas conlleva a la crítica de la demografía y su discurso, o si se quiere, hacia la deconstrucción del metadiscurso de la población que ha fundado la demografía como campo de investigación. Con ello, se está en condiciones de proponer la superación del pensamiento malthusiano de la población. Una vez más, éste texto no es lugar para ello. La intención más bien era plantear la cuestión, no resolverla. Sin embargo, sí pueden señalarse algunas ideas al respecto, más con el ánimo de provocar que de responder cuestionamientos.

Un primer punto se refiere a la definición de la demografía. ¿Corresponde a una disciplina en sí, o a un campo de problemas? Esto a propósito de la llamada transdiciplinariedad de la demografía. Desde una perspectiva la transdiciplinariedad implica una reformulación de la pregunta por la cantidad. Habría dos formas de responder a la transdiciplinariedad. Una es la articulación de las respuestas que desde distintas disciplinas se elaboran en torno a la cuestión demográfica. Equivale a articular e integrar en un mismo discurso la respuesta en cuanto al significado económico de la cantidad de población y su crecimiento, con la respuesta de la antropología y los significados culturales, la de la política y los significados políticos, la de la medicina social, y

[35] Como menciona Ibáñez, "ante la razón que funda la ley, el investigador social puede responder o preguntar. Hay dos modos de responder: el converso (manda información hacia arriba y neguentropía hacia abajo) y el perverso (manda información hacia abajo y neguentropia hacia arriba). El converso y el perverso están dominados por el que dictó la ley: el niño que hace lo que su papá le dice y el que hace lo contrario de lo que le manda su papá están dominados por el papá. *Sólo la pregunta a la ley la pone en cuestión*" (Ibáñez, 1994:28. Subrayados míos).

así sucesivamente. Ésta es una opción que no cuestiona la pregunta ni los puntos de vista desde los cuales se ha respondido. Tan sólo busca establecer una respuesta más compleja y completa a una misma pregunta.

Otra estrategia transdisciplinaria es sustituir la pregunta por la cantidad, en tanto dimensión problematizadora de la población, por la población en sí, o mejor dicho, por la reproducción de la población en sí. No se tata de integrar los distintos significados de la cantidad en la reproducción, esto es, no es una exigencia a la antropología, por ejemplo, de pensar los significados culturales de la cantidad, sino una exigencia de pensar los significados y usos culturales de la reproducción en sí, no delimitada necesariamente por la cantidad como dimensión problematizadora. En este marco, la demografía formal hace un importante aporte al delimitar explícitamente la dimensión del problema de la reproducción: la cantidad. Pero no agota ni elimina las demás dimensiones. Es una apertura a otros textos mediante los cuales se puede entender la reproducción de la población, sin tener que hacer necesariamente referencia a la cantidad. No es la cantidad desde donde se construye la identidad "disciplinaria" de la demografía. La identidad de la demografía estaría entonces, en la definición de áreas o campos de problemas referidos a la población y su reproducción, y no en la delimitación a una única dimensión de ellos: la *cantidad.* Por el contrario, se trata de problemas y campos que en sí tienen múltiples dimensiones y que por lo tanto, aceptan lecturas desde diversos textos e instrumentos metodológicos.

En síntesis, se trata de asumir que tanto los aspectos cuantitativos como los cualitativos, los estrictamente demográficos, como los sociales, políticos, culturales y económicos, forman parte de la población y su reproducción, y no considerarlos como si estuvieran *fuera* de ella (Alves de Souza, 1994). Se trata de superar la abstracción de la población que la reduce a su cantidad.[36] No se trata de negar el potencial heurístico que tiene esta abstracción, tampoco de dejarse engañar por la ilusión que ella crea. Unidad y diversidad, o mejor dicho, diversidad *en* la unidad, esa sería la dialéctica para repensar la población y la demografía.

Recibido y revisado: octubre de 2000.

Correspondencia: Departamento de Estudios Regionales/INESER/Universidad de Guadalajara/Periférico Norte 799 Edif. "B", 1er. piso. Los Belenes/Zapopan, Jal./C.P. 45000/Tel/Fax: (3) 656-9622/e-mail: cca@00790cucea.udg.mx

[36] A riesgo de parecer simplista, se trata de superar la pregunta de "*cuántos* somos", por otra que apunte a "*quiénes* somos" y "*cómo* somos".

Bibliografía

Alves de Souza, Guarací (1994), "La procreación y la sucesión de las generaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 9, núm. 1.

Astorga Almazán, Luis (1988), "La invención de la población", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 4, núm 88.

Bajraj, R. y J. Chakiel (1995), "La población de América Latina y el Caribe: tendencias y percepciones", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 2, número especial, en conjunto con *Notas de Población*, núm. 62.

Beck, Ulrich (1996a), "Teoría de la sociedad del riesgo", en J. Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.

——— (1996b), "Teoría de la modernización reflexiva", en J. Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.

——— (1994), "The Reinvention of Politics: Towards a Theory of Reflexive Modernization", en U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*, Stanford, California, Stanford University Press.

Benítez, Raúl (1994), "Visión latinoamerciana de la transición demográfica. Dinámica de la población y práctica política", *La Transición Demográfica en América Latina y El Caribe*. Actas de la IV Conferencia Latinoamericana de Población, vol. 1, primera parte, México, ABEP, CELADE, IUSSP, PROLAP, SOMEDE.

Beriain, Josetxo (1996), "El doble sentido de las consecuencias perversas de la modernidad", en *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.

Canales, Alejandro (2000), "El discurso de la población en la era de la globalización", *VI^a Reunión Nacional de la Investigación Demográfica en México*, México, Sociedad Mexicana de Demografía.

——— (1999), "Docencia e investigación en población. Breve historia de encuentros y desencuentros", en Raúl Benítez y René Jiménez (coord.), *Hacia la demografía del siglo XXI*, México, Sociedad Mexicana de Demografía/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales.

Coale, Ansley (1973), "The Demographic Transition", en IUSSP, *International Population Conference*, Lieja.

Condorcet, Jean Antoine (1990), *Matemáticas y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

Corona, Rodolfo (1986), "Problemas en el uso de datos e indicadores demográficos en la investigación social", en *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*, México, El Colegio de México-PISPAL.

Crosby, Alfred (1997), *The Measure of Reality. Quantification and Western Society*, Nueva York, Cambridge University Press.

Davis, Kingsley (1986), "Apreciación crítica de Malthus", en R. Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*, México, Fondo de Cultura Económica.

Foster, Hal (1985), "Introducción al posmodernismo", en H. Foster (comp.), *La posmodernidad*, México, Kairos.

Giddens, Anthony (1990), *The Consequences of Modernity*, Standford, California, Standford University Press.

Habermas, Jurgen (1985), "La modernidad, un proyecto incompleto", en H. Foster (comp.), *La posmodernidad*, México, Kairos.

Heller, Agnes (1991), *Historia y futuro. ¿Sobrevivirá la modernidad?*, Barcelona, Península.

Hopenhayn, Martín (1994), *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, Santiago, Fondo de Cultura Económica.

Ianni, Octavio (1996), *Teorías de la globalización*, México, Siglo XXI.

Ibáñez, Jesús (1994), *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*, Madrid, Siglo XXI.

Lassonde, Louise (1997), *Los desáfios de la demografía. ¿Qué calidad de vida habrá en el siglo XXI?*, México, FCE/UNAM.

Lee, Ronald (1995), "Una perspectiva transcultural de las transferencias intergeneracionales", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 28, número especial, en conjunto con *Notas de Población* (62), Agencia Española de Cooperación Internacional y CEPAL-CELADE.

Lerner, Susana (1994), "La antropología en la investigación demográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 9, núm. 1.

Lerner, Susana y André Quesnel (1986), "Problemas de interpretación de la dinámica demográfica y de su integración a los procesos sociales", en *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*, México, El Colegio de México-PISPAL.

Livi Bacci, Massimo (1994), "Notas sobre la Transición Demográfica en Europa y América Latina", *La Transición Demográfica en América Latina y El Caribe*, Actas de la IV Conferencia Latinoamericana de Población, vol. 1, primera parte, México, ABEP, CELADE, IUSSP, PROLAP, SOMEDE.

Malthus, Robert (1986) (1798), *Ensayo sobre el principio de la población*, México, Fondo de Cultura Económica.

Marx, Carlos (1984), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857- 1858*, vol. 1, México, Siglo XXI.

Mattelart, Armand (1974), "Prefiguración de la ideología burguesa. Lectura ideológica de una obra de Malthus", en *Ideología y medios de comunicación*, Buenos Aires, Amorrortu.

Meadows, Donella, Dennis Meadows y Jorgen Randers (1992), *Más allá de los límites del crecimiento*, España, El País-Aguilar.

Meadows, Donella *et al.* (1972), *The Limits to Growth. A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*, Nueva York, Universe Books.

Mires, Fernando (1996), *La revolución que nadie soñó. O la otra posmodernidad*, Caracas, Nueva Sociedad.

Nisbet, Robert (1981), *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa.

Notestein, Frank W. (1945), "Population the Long View", en T. Shultz (ed.), *Food for the World*, Chicago, University of Chicago Press.

Patarra, Neide (1973), "Transición demográfica: resumen histórico o teoría de la población?", *Demografía y Economía*, voi. VII, núm. 1.

Patarra, Neide (1994), "Transieao demográfica: novas evidencias, velhos desafios", *La Transición Demográfica en América Latina y El Caribe*, Actas de la IV Conferencia Latinoamericana de Población, voi. 1, primera parte, México, ABEP, CELADE, IUSSP, PROLAP, SOMEDE.

Peccei, Aurelio (1981), *One Hundred Pages for the Future*, Nueva York, Pergamon Press.

Piscitelli, Alejandro (1988), "Sur, post-modernidad y después", en F. Calderón (comp.), *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*, Buenos Aires, CLACSO.

Rashed, Roshdi (1990), "El proyecto científico de Condorcet", en J. A. Condorcet, *Matemáticas y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

Robertson, Roland (1992), *Globalization. Social Theory and Global Culture*, Londres, SAGE.

Rodríguez, Josep A. (1994), *Envejecimiento y familia*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Teitelbaum, Michael y Jay M. Winter (1985), *The fear of population decline*, San Diego, California, Academic Press.

Thompson, W. S. (1929), "Population", *American Journal of Sociology*, núm. 34.

Thompson, W. (1946), *Population and Peace in the Pacific*, Chicago, University of Chicago Press.

Thumerelle, Pierre-Jean (1996), *Las poblaciones del mundo*, Madrid, Cátedra.

Touraine, Alain (1998), *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, Argentina, Fondo de Cultura Económica.

Wallerstein, Immanuel (1998), *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI.